



EDIÇÃO ESPECIAL
“EM MEMÓRIA DE MIM”
EVOCAÇÕES DE UMA HISTÓRIA GLORIOSA



Renata Cristina de Sousa Nascimento
(Organizadora)

TEMPESTIVA

EDIÇÃO ESPECIAL
“EM MEMÓRIA DE MIM”:
EVOCAÇÕES DE UMA HISTÓRIA
GLORIOSA

TEMPESTIVA

© Editora Tempestiva, 2022
Todos os direitos reservados

A Edição Especial é uma coletânea de textos com publicação anual do Projeto e Grupo de Estudos *Sacralidades Medievais*.

Edição: Ivan Vieira Neto

Revisão: Renata Cristina de Sousa Nascimento

Capa e diagramação: Wemerson dos Santos Romualdo

Capa: *Crucificação* (1459), Andrea Mantegna , 67 cm × 93 cm. Louvre, Paris

Conselho Editorial

Prof^ª. Aline Dias da Silveira (UFSC)

Prof^ª Rita de Cássia O. Reis (UFG)

Prof. Fabiano Fernandes (UNIFESP)

Dados Internacionais de Catalogação na Publicação (CIP)

N244 Nascimento, Renata Cristina de Sousa

“Em memória de mim”: evocações de uma história gloriosa / Renata Cristina de Sousa Nascimento / Organizadora. - Goiânia: Tempestiva, 2022.

p. 44

ISBN 978-65-992343-6-1

1. História 2. Idade Média 3. Memória

CDU 94(100)“04/14”

ORGANIZADORA

Renata Cristina de Sousa Nascimento

EDIÇÃO ESPECIAL
“EM MEMÓRIA DE MIM”:
EVOCAÇÕES DE UMA HISTÓRIA
GLORIOSA



Tempestiva
Goiânia, 2022



SUMÁRIO

1. MEMORIA Y CONOCIMIENTO DEL PASADO

Ariel Omar Guiance 07

*

2. DA JERUSALÉM CRISTÃ: A RESSIGNIFICAÇÃO DA CIDADE SANTA

Renata Cristina de Sousa Nascimento 13

*

3. EL CULTO A LAS RELIQUIAS DE OVIEDO EN SIGLO XII

Raquel Alonso Álvarez 19

*

4. OS FRAGMENTOS ATRIBUÍDOS A CRISTO: O DENTE DE LEITE EM SAINT-MÉDARD SÉCULO XII

Wemerson dos Santos Romualdo 25

*

5. REPRESENTAÇÕES DA PAIXÃO DE CRISTO NOS ESCRITOS DE E SOBRE CLARA DE ASSIS (1194-1253)

Andréa Reis Ferreira Torres 35



MEMORIA Y CONOCIMIENTO DEL PASADO

Ariel Omar Guiance

Como es bien sabido, el tema de la memoria se ha impuesto desde hace ya varios años como uno de los asuntos fundamentales del quehacer histórico. En efecto, muchos estudios se han encargado de subrayar la manera en que el pasado histórico fue utilizado, a lo largo de los siglos, para construir una identidad, dotar de coherencia a un grupo social y sustentar ideológicamente determinada posición política o cultural, entre muchas otras posibilidades¹. El asunto ha preocupado por igual a los historiadores como a los psicólogos, filósofos y sociólogos, deseosos de encontrar las claves que explican tal empleo de lo acontecido (así como otros tantos alcances del pasado) y desentrañar los complejos mecanismos por los cuales recordamos (o estamos obligados a recordar) determinadas circunstancias y, en cambio, dejar de lado otras más. Como bien señalara Ángel Sesma Muñoz, “la selección consciente o inconsciente de los hechos memorables y la interpretación de los procesos históricos constituyen acciones emprendidas de acuerdo a unos condicionantes que superan al individuo y se integran en una memoria colectiva gobernada por los grupos sociales emergentes para

¹ Sólo a título de ejemplo véanse, entre otros, los trabajos de Mary Carruthers, *The Book of Memory. A Study of Memory in Medieval Culture* (Cambridge: Cambridge University Press, 1996); Jacques Le Goff, *El orden de la memoria* (Barcelona: Paidós, 1991); Patrick Geary, *La mémoire et l'oubli à la fin du premier millénaire* (París: Aubier, 1996); Paul Zumthor, *Jeux de mémoire. Aspects de la mnémotechnique médiévale* (París-Montreal: Vrin-Presses de l'Université de Montreal, 1990); Paul Ricoeur, “Histoire et mémoire: l'écriture de l'histoire et la représentation du passé”, *Annales (H.S.S.)*, 55 (2000), 731-747 y, del mismo autor, *La memoria, la historia y el olvido* (Madrid: Trotta, 2003) y el clásico de Francis Amelia Yates, *El arte de la memoria* (Madrid: Siruela, 2005), en especial, p. 71 y ss.

sus propios fines”². Así, toda comunidad, a lo largo del tiempo, ha construido y reconstruido su memoria, apelando para ello a diversos niveles de formulación. Tales niveles comprenden, entre otras posibilidades, una memoria biográfico-comunicativa (registros de una sociedad conocidos de forma inmediata y que, por tanto, corresponde a “un modelo subjetivo-biográfico, de conocimiento del pasado”³) y, junto a ella, una memoria “cultural-fundacional, que convierte en tradición a un conjunto de experiencias mediante su institucionalización y simbolización en iconos, monumentos, ritos, templos y fundamentalmente textos”⁴. En particular, esta última dimensión de la memoria pretende “interpretar la continuidad entre los acontecimientos históricos en términos de una continuidad de recuerdos” a fin de emplear tal memoria “como argumento para exigir el compromiso de los individuos con el orden jurídico-político de una comunidad, sea religiosa, tribal, nacional o internacional, siempre en oposición a otras comunidades”⁵. Desde una u otra perspectiva –memoria biográfico-comunicativa o cultural-fundacional–, ésta se ubica como una estructura cultural vital del desarrollo humano, generadora de procesos tanto individuales como grupales y capaz de articular una relación con el pasado pero, a la vez, con el presente y el futuro.

En el caso particular de la Edad Media –y como ha subrayado Carmen Marimón Llorca–, “la memoria fue sin duda el medio que el mundo medieval eligió para reconocerse constantemente a sí mismo y a sus formas de expresión. Fue algo más que un depósito, fue el espacio

2 J. Ángel Sesma Muñoz, “La creación de la memoria histórica. Una selección interesada del pasado”, en José Ignacio de la Iglesia Duarte (coord.), *Memoria, mito y realidad en la historia medieval. XIII Semana de estudios medievales, Nájera, del 29 de julio al 2 de agosto de 2002*, Logroño, Instituto de estudios riojanos, 2003, pp. 13-32 (la cita en la primera p.).

3 Antonio de Murcia Conesa, “Memoria histórica de la Edad Media e idea de tradición en Menéndez Pidal y Américo Castro”, *Res publica*, 17 (2017), 309-328 (la cita en p. 311). La caracterización de estos modelos de memoria que expongo a continuación sigue este planteo elaborado por de Murcia, que considero muy acertado.

4 *Ibidem*.

5 *Ibidem*.

dinámico, a la vez individual y colectivo, a través del cual las formas tradicionales se transmitieron y evolucionaron”.⁶ Me interesa en especial esta última parte de la frase, en el sentido de que la memoria tuvo un carácter dinámico, sirviendo para forjar y sustentar cierta concepción ideológica nueva, a la que presentaba como un recurso del pasado o hacía del pasado su factor de origen. Este tipo de operaciones sólo nos es conocida, claro está, en la medida en que perdure una transmisión documental de lo que podríamos llamar esa “memoria artificial de lo sucedido”. En efecto, más que lo ocurrido y recordado, lo interesante en este caso es analizar cómo se manipularon ciertos recuerdos para sostener una matriz de pensamiento totalmente novedosa. Estaríamos, por tanto, ante ese paradigma de memoria fundacional al cual acabamos de hacer referencia. Dicha manipulación (en lo que atañe, nuevamente, a la época medieval) encuentra sus principales recursos en la escritura y la iconografía (lo que no impide que también se hayan formulado tradiciones orales, algunas de las cuales se perdieron en la medida en que no fueron vertidas a un soporte documental). Alfonso el Sabio advirtió claramente esa vinculación estrecha entre nuestros términos –esto es, el lazo entre memoria y testimonio– al decir que “es escritura cosa que aduce todos los fechos á remembranza”.⁷ Por cierto, cabe advertir que, una vez plasmada en un texto o recurso iconográfico, esa supuesta evocación arbitraria del pasado que se imponía no necesariamente habría de perdurar sin cambios sino que, con el tiempo, podía estar sujeta a nuevos aportes y transformaciones (es decir, se trata de una memoria que es transformada por una nueva memoria de lo acontecido).

De la misma manera, el recuerdo y la memoria (ya sea de sucesos verídicos o ficticios) no sólo tienen una función evocadora sino

⁶ Carmen Marimón Llorca, “«La memoria de omne delezna dera es»: oralidad, textualidad y medios de transmisión en la Edad Media”, *Dicenda. Cuadernos de filología hispánica*, 24 (2006), 139-159 (la cita en p. 149).

⁷ Alfonso el Sabio, *Las siete partidas de don...*, glosadas por Gregorio López (Salamanca: Andrea de Portonaris, 1555, ed. facs. Madrid, Boletín Oficial del Estado, 1984), segunda partida, tít. 9, ley 8.

–y esto me parece fundamental recordarlo– también son paradigmas de conocimiento. Se trata de un concepto que proviene del mundo clásico⁸, desarrollado en su momento por san Agustín. Para éste, la memoria supone “una cierta actualización y construcción” permanentes⁹. Tal idea sería luego retomada por Isidoro de Sevilla en el sentido de que “la memoria es mente y por ello a los desmemoriados los llamamos *amentes* [...]; se denomina mente cuando existe conocimiento; es memoria cuando se recuerda...”¹⁰. Por su parte, según el mismo Isidoro, la palabra “mente” debe su nombre al hecho de que es algo que sobresale en el alma “o tal vez porque tiene memoria”¹¹ (volviendo a ratificar la estrecha asociación que advierte entre ambos términos). De igual manera, *memor* sería aquél “que tiene memoria o del que se tiene memoria”¹² –superponiendo en este caso la acción de recordar con aquello que se recuerda–. Finalmente, la memoria puede ser desarrollada, entre otras posibilidades, a través de un “monumento”, dimensión que el santo define como “el recuerdo que sirve de advertencia a la memoria”¹³ (aludiendo específicamente a monumentos funerarios). En suma, según el pensamiento isidoriano (que, por lo demás, es heredero de la tradición clásica al respecto), evocar algo va más allá de un simple ejercicio mnemotécnico e implica una instancia básica en la

8 Cfr. Marimón Llorca, “«La memoria de omne...»”, pp. 145-150. Cfr. Geary, *La mémoire et l'oubli...*, p. 37 y ss. –donde se subraya la influencia neoplatónica en esta idea y su evolución en el pensamiento cristiano primitivo–.

9 Israel Sanmartín, “La memoria y la historia medievales como realidades indisolubles”, *Cuadernos de Estudios Gallegos*, LIX, núm. 125 (2012), pp. 259-272 (la cita en p. 263).

10 Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, XI, 1, 13 (ed. de José Oroz Reta y Manuel A. Marcos-Casquero, Madrid: Biblioteca de autores cristianos, 1993), II, p. 14: “Nam et memoria mens est, unde et inmemores amentes. [...] dum scit, mens est: dum recolit, memoria est...”.

11 *Ibidem*, XI, 1, 12: “mens autem vocata, quod emineat in anima, vel quod meminit”

12 *Ibidem*, X, 169, p. 833 de la ed. cit.: “memor, vel qui memoria tenet, vel quia memoria tenetur”.

13 *Ibidem*, XV, 11, 1, p. 251: “Monumenta itaque et memoriae pro mentis admonitione dictae”.

producción y reproducción de nuevos saberes. Así llegamos a la triple ecuación memoria-conocimiento-discurso, que será una de las claves del pensamiento medieval hasta, por lo menos, la renovación escolástica. Por lo mismo, no conservar tal memoria (individual o colectiva, en cualquier tipo de soporte) era sinónimo de ignorancia e incapacidad cultural. Para el pensamiento medieval, recuperar un hecho y preservarlo implica, por tanto, operaciones de variada índole, destinadas (como acabo de señalar) a producir cierto saber.